

RECONOCIENDO AL OTRO Y BUSCANDO SU BIEN

Miguel Ángel Estrella

Exordio: todo este artículo es una interpelación — de *interpellāre*, compeler, requerir el cumplimiento de respetar, valorar la dignidad del otro —. En la extensa segunda parte, hago referencia a mi personal testimonio en defensa de los Derechos Humanos, y en la primera, mi mirada, mi sentimiento y mi acción, se dirigen a los migrantes; esos seres que migran — de *migrāre*; se trasladan desde el lugar que habitan a otro diferente —. Como señala Bernardo Kliksberg, la multiforme y de larga data ‘codicia avariciosa’, está en la raíz de los males que condenan al hambre y a la muerte a 3.000 millones de personas pobres en nuestro mundo. El instinto de supervivencia, los pone en marcha, arrojando peligros.

Dice James Fenton, refiriéndose a los niños en exilio: “Lo que soy no es importante; sí, el vivir o morir | A mí me da lo mismo, como a ti. | Lo que hacemos es importante. Esto es lo que he aprendido. | No es lo que somos sino lo que hacemos, | dice un niño en el exilio; uno de una familia | una vez feliz, completa. Ahora son solamente cuatro | estudiantes de calamidad, graduados en hambruna, | aquellos a quienes la geografía condena a la guerra”.

Leo en *Evangelii gaudium*, la exhortación apostólica de mi amigo, SS Francisco, publicada el 26 de noviembre de 2013, que “La adoración del antiguo becerro de oro ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano. [...] ... el afán de poder y de tener no conoce límites. [...] Cuando la sociedad abandona en la periferia a una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad. Y no solo porque la inequidad provoca la reacción violenta de los excluidos, sino porque el sistema social y económico es injusto en su raíz. [...] Molesta que se hable de ética, molesta que se hable de solidaridad mundial, molesta que se hable de distribución de los bienes, molesta que se hable de preservar las fuentes de trabajo, molesta que se hable de la dignidad de los débiles, molesta que se hable de un Dios que exige un compromiso por la justicia”.

De la misma pluma, cabe recordar que, “todavía hay millones de personas — niños, hombres y mujeres de todas las edades — privados de su libertad y obligados a vivir en condiciones similares a la esclavitud. Me refiero a tantos trabajadores y trabajadoras, incluso menores, oprimidos de manera formal o informal en todos los sectores... Pienso también en las condiciones de vida de muchos emigrantes que, en su dramático viaje, sufren el hambre, se ven privados de la libertad, despojados de sus bienes. Pienso en los que se ven obligados a la clandestinidad por diferentes motivos sociales, políticos y económicos, y en aquellos que, con el fin de permanecer dentro de la ley, aceptan vivir y trabajar en condiciones inadmisibles. [...] Sí, pienso en el trabajo esclavo”.

De la edición de 1595 de Marie de Gournay de *Los Ensayos* de Michel de Montaigne; *Libro III*, “Capítulo XIII”, “La experiencia”, tomo: “Yo, que me jacto de abrazar con tanto afán, y de manera tan particular, los placeres de la vida, no encuentro en ellos, cuando los miro con esta sutileza, apenas nada sino viento. Pero, ¡vaya!, somos viento en todo. Y el viento, aun así, más sabiamente que nosotros, se complace zumbando, agitándose; y se contenta con sus propias funciones, sin desear la estabilidad ni la solidez, cualidades que no son suyas”.

Ante tantas historias de forzada expatriación, me pregunto si alguna vez, ocurrirán las migraciones de retorno, la vuelta al hogar; ¿habrá pañuelos blancos en algún árbol a la vera del camino? Experiencia distinta, pero igualmente conmovedora, es la que relata Archibald Joseph Cronin (1896-1981), sobre un hijo que marchó de su casa, malgastó dinero, salud, y el honor de la familia... cayó en la cárcel. Poco antes de salir en libertad, escribió a su casa: si le perdonaban, que pusieran un pañuelo blanco en el manzano, tocando la vía del tren. Si lo veía, volvería a casa; si no, ya no le verían más. El día que salió, llegando, no se atrevía a mirar... ¿Habría pañuelo? “¡Abre tus ojos!... ¡mira!” le dice un compañero. Y se quedó boquiabierto: en el manzano no había un solo pañuelo blanco, sino centenares; estaba lleno de pañuelos blancos.

En septiembre de 2016, Barack Hussein Obama sostuvo que “un mundo en el que el 1 % de la humanidad controla tanta riqueza como el otro 99 % nunca será estable”. La solución a tal desequilibrio no reside en revertir la integración; iniciar nuevas guerras comerciales o aplicar subsidios que distorsionan el mercado, sino, la solución es respetar los derechos de los trabajadores para que puedan organizarse en sindicatos independientes y ganar un salario digno, invertir en la educación de los trabajadores y fortalecer la red de seguridad que proteja a las personas de las dificultades y les permita asumir riesgos, para buscar un nuevo trabajo, o encarar una nueva empresa”. Apoyó firmemente un sistema político construido no solo por elecciones y gobiernos representativos, sino también a través del respeto por los derechos humanos de la sociedad civil, y por un poder judicial independiente, basado en el imperio de la ley”¹.

Comparto, asimismo, el pensamiento de Austin Norris, en cuanto a que “debemos estar preparados y vigilantes, no fuera que termináramos por ser arrastrados hacia un letargo espiritual esclavo de la obsesión — transmitida de una generación a la siguiente — por el progreso en la vida presente. El secularismo ha echado raíces profundas en nuestra sociedad. La embestida de la innovación y la rápida disponibilidad de cosas y servicios personales nos hace sentir autosuficientes y nos despoja de los bienes espirituales. Solo cuando una tragedia nos golpea despertamos de nuestro sueño para vernos en medio de nuestro ‘valle de lágrimas’...”.

No globalicemos la indiferencia: pues el ‘otro’ existe. Guiado por la afirmación de SS Francisco, en el sentido de ‘estar la conciencia en los niños’, trabajo con grupos de ellos, entre 6 y 11 años de edad. En una carta fechada el 4 de octubre de 2016, le cuento: Querido Jorge (Bergoglio): hace un montón que no te escribo. Los tucumanos somos largos en la escritura, pero trataré de ser breve.

Lo primero: te pienso todos los días y desde hace mucho eres parte de mis dos plegarias diarias. Mis ‘interlocutores’ son el ‘Flaco’² y la Bernardita³. A veces se agregan Teresa de Calcuta y mi patrón San Miguel. Les digo así: “que nuestro Papa tenga salud, seguridad, inspiración y energía para seguir transformando lo que no anda bien en nuestra Iglesia y en el Mundo. Hace mucho que necesitábamos a este Papa. Ayúdenlo con todo”.

¹ Giacomo, Carol. “Obama at the United Nations: Hope and Change”. The New York Times, published: September 20, 2016. <https://takingnote.blogs.nytimes.com/2016/09/20/obama-at-the-united-nations-hope-and-change/?emc=edit_tnt_20160920&nid=32680262&ntemail0=y>

² Expresión coloquial para referirse a NS Jesucristo.

³ Por Sta. Bernardita, Maria-Bernarda Sobirós o Bernadeta Sobiróus, más conocida como Bernadette Soubirous o Bernardita de Lourdes, pastora, mística y religiosa francesa canonizada por la Iglesia católica en 1933.

El 8 de octubre (¿te acuerdas?, murió Perón) parto para una gira por Europa. Una parte de la misma está destinada a recaudar fondos para los migrantes y encuentros con niños y adolescentes. El tema con ellos es el ‘otro’, el rechazo de la indiferencia, la opción por los pobres y la identificación del capitalismo cruel.

Hace poco en Lourdes, una religiosa amiga, Geneviève, me organizo un concierto y conversación con chicos de 6 a 11 años. Maravilloso como rechazan la discriminación. Algunos me decían: “los migrantes necesitan amor”. Puro aire de esperanza en los tiempos que vive el Mundo.

En Argentina, hago casi todos mis conciertos con mi hija Paula (cantante) y su compañero Horacio (guitarrista). Tenemos como propósito, ayudar materialmente a los más pobres; a los presos; a las poblaciones originarias (Formosa, Mendoza, Buenos Aires, Tucumán; Santiago del Estero y otros lugares de la dilatada geografía de la pobreza).

Para Semana Santa (abril del 2017) iré a tocar en Lourdes con la Orquesta para la Paz - *Salaam Schalom*, que empecé a construir en 1989. En el andar de esta Orquesta, devino una hermosa familia. Se formaron parejas judeo-musulmanas. Se adoran entre ellos y les gusta alternar las grandes salas con los barrios modestos, las cárceles y los diálogos con los diferentes públicos. La Orquesta se compone de tres tercios: judíos, cristianos, y musulmanes. El símbolo fuerte de la Semana Santa en Lourdes fue gritar ‘¡guauuuu, Viva!’ A propósito de esto, recuerdo que cuando me reuní en Unesco con Arafat, S. Peres y Rabin en 1995, me dijeron: “quizás la lengua universal que es la música haga trascender las discriminaciones, a veces tan feroces”. La última gira de la Orquesta, con conciertos en el Palacio de la Paz en La Haya; en Ámsterdam, y en Paris, fue presentada por Ban Ki-moon el diplomático surcoreano que, desde el 1 de enero de 2007 hasta el 31 de diciembre de 2016, ejerciera como el octavo secretario general de las Naciones Unidas.

Para terminar, te digo que mi hermana Antonia me ha llenado la casa de fotos tuyas. ¡La que más me gusta, es aquella donde estás en un auto haciendo la V de la Victoria! Quizás recuerdes a Antonia que se confesaba contigo en Malvinas (Adoratrices).

Te abrazo peronistamente y pianísticamente, hermano. Miguel Ángel.

A mi mensaje, el Papa respondió:

Al Maestro Miguel Ángel Estrella,

Querido hermano: gracias por tu correo. Me alegró tener noticias tuyas. Y muy lindo que los conciertos los hagas con tus hijos. Me cuentas del encuentro en Lourdes con niños de escuela primaria que gritaron ardientemente a coro “los migrantes necesitan amor”, lo que me muestra una vez más que la conciencia no está en los adultos, sino en los niños.

El trabajo por la paz, a través del arte (y en tu caso, de tu música) da abundante fruto. Hay que seguir adelante. Te felicito y te agradezco por todo lo que haces. En los tiempos que estamos viviendo es vital no globalizar la indiferencia.

Saludos a tu hermana Antonia. Por favor, no te olvides de rezar por mí. Que Jesús te bendiga y la Virgen Santa te cuide. Fraternalmente. Jorge.

El Cardenal Jorge Bergoglio, hoy Papa Francisco, vivía en Buenos Aires, también en el Barrio de Flores Sur — una urbanización de clase media —, a unas diez cuadras de la Plaza de Flores. Era uno de nuestros amigos y confesor de mi hermana; tiempo atrás, novicia en la Congregación de las Hermanas Adoratrices.

Cuando mi difunta esposa Martha esperaba la llegada de nuestra hija Paula, le pidió a Antonia, entonces de 18 años, que la ayudara y la disuadió, de encerrarse en un convento.

Ricardo Bernelli, quien falleció recientemente, y Antonia, conformaron una bien avenida pareja. Intento acompañar su soledad, viéndola tan frecuentemente como me resulta posible. Mi hija Paulita, viaja a verme y a cantar, una o dos veces al año. Tiene un hijo de su primer matrimonio con un conocido actor; mi nieto, francés de nacimiento, vive en Francia. Horacio, su compañero, también músico, tiene la bondad de centralizar y atender mi correspondencia. Habiéndome permitido estas referencias a mi familia, retomo el relato sobre mi actividad.

Más adelante, contaré sobre la obra de la fundación “Música Esperanza”; hoy llegamos también, a comunidades de migrantes y también a grupos humanos locales, donde acampan los migrantes, en razón de la sentida necesidad de mensajes de paz, como consecuencia de las tensiones sociales que la situación plantea. He contado sobre el trabajo con niños de 6 a 11 años, quienes son depositarios de la conciencia socio-moral. En cierta oportunidad, en un Centro de Refugiados y habiendo aprendido de ellos que, “los migrantes necesitan amor”, ante la indiferencia de quienes sufren una adicción erótica con el dinero, les hago escuchar el Preludio *opus* 28, número 20, en do menor de Frédéric Chopin (1810-1849) — también un migrante —.

Esta obra, compuesta entre 1835 y 1839, fue bautizada como la “Marcha fúnebre” por Hans von Bülow, pero es comúnmente conocida como el “Preludio de acordes” debido a su lenta progresión de los acordes de negras. Vislumbro en este preludio, el germen de la posterior “Marcha fúnebre”, tercer movimiento de su Sonata para piano nro. 2 en si bemol menor, Op. 35, compuesto en 1837 como obra independiente, e incluido en 1839 al cuerpo de la sonata que se publicó en Leipzig en 1840. Completada la ejecución, pregunto a los niños, cómo bautizarían la obra. Una niña de penetrantes ojos negros, dice “Grave”. Un pequeño se atreve a proponer, “Negro”; otro, “Oscuro”, pero me gusta más “Grave”. Así, grave, es la situación de las familias migrantes; en particular, las que escapan de la Guerra Civil Siria desatada en marzo de 2011⁴.

Evocación de mi propia historia: siempre echo un vistazo sobre el pasado y lo primero que aparece es Tucumán con su esencialidad, con su vitalidad vibrante y bendigo haber nacido allí pues soy y seré para siempre tucumano. Por la casona en que nací, vi pasar y hospedarse, mujeres y hombres notables, creativos, inolvidables: Atahualpa Yupanqui — que llegaría a ser hasta su muerte, un consejero y amigo profundo —; Javier Villafañe y su esposa Elba; Víctor Massuh, María Adela Agudo, Nicolás Guillen, Jaime Dávalos, Mercedes Sosa, Dante Crisorio, Arturo Cuadrado, Elvirita Juárez, Lía Valdez... y tantas otras personalidades que nos marcaron para siempre por lo que sembraron en nosotros.

Agradezco al cielo haber nacido en Tucumán. Esa tierra, de una calentura palpitante. Siempre siento — para bien o para mal — que todo vive en Tucumán: los azahares que te invitan a olerlos, la tierra que se abre gustosa para que la siembres, la mirada de una religiosa que esconde su deseo, el revoleo de un pañuelo ‘zambero’ que te pone la piel de gallina...

⁴ El Estado Islámico de Irak y el Levante — así, autodenominado en junio del 2014 —, o Estado Islámico de Irak y Siria, oficialmente Califato Islámico, conocido también como Estado Islámico, ISIS o EI o como Dáesh o Daish, es un grupo paramilitar insurgente, de naturaleza fundamentalista yihadista wahabita, que sigue una doctrina disidente del Islam Suni. ISIS se originó participando en la sublevación iraquí después de la invasión a Irak en el 2003 por tropas de Occidente. Como califato, proclamó su autoridad sobre el mundo musulmán en materia religiosa, política y militar. En su época de máxima expansión territorial controló un vasto territorio entre Irak y Siria.

También, el ingreso al Gymnasium que me habla de bravuras adolescentes y muchos deseos cumplidos hasta la desesperación; un mandarino donde trepados con mi hermano Jorge manteníamos ‘conversas’ —diálogos— sin reloj. Todo vive en mi Tucumán del alma...

Mi casa era siempre esa palpitación. Ni bien entraba, ya lo sentía. A veces era el aroma del ‘kepi’ libanés que preparaba mi viejo o el locro santiagueño de mi vieja. Otras veces, las voces sonoras exaltadas de una docena de hombres discutiendo de política antiperonista, donde se trenzaban radicales, comunistas, socialistas o libre-pensadores, o a veces la voz vehemente de mi vieja recitando con pasión a Rubén Darío, Neruda o Asunción Silva.

Cuando irrumpió el deseo se desencadenó de manera inmanejable. Hablábamos solo de eso. Sonaba a encuentros fogosos pero imposibles con chicas pensionadas en el convento de las Adoratrices, frente a mi casa. Debía conformarme con abrir la ventana y tocar el piano... fortísimo, una canción en boga por entonces: “Salí al balcón mi querida mariposa”. Ellas aparecían en sus ventanas, pero todo se resumía a sonrisas, señales con las manos, o lo máximo, soplando al aire un beso que no llegaría a nuestra piel. Dicho en tucumano: ‘pajerías’. La cancha erótica se concretó a los 13 años. Mi vieja — muy moderna — aceptó que Hilda y yo compartiéramos una habitación de la casa como si estuviéramos casados. Durante cinco años fue mi mujer (con solo dos infidelidades más no confesadas). Esos años fueron una bendición para las exigencias hormonales de mi adolescencia tucumana. A los 18 viajé a Buenos Aires para hacerme pianista. Conocí a Martha y enseguida la llevé a Tucumán. Mi familia y compañeros de los Valles Calchaquíes adoptaron a la bella porteña con una voz de oro que sería el amor de mi vida y madre de mis dos hijos, Javier y Paula; ambos músicos hasta los tuétanos...

Volviendo atrás, los recuerdos de Tucumán son siempre potentes. A los 12 años fui por primera vez al teatro San Martín: concierto de la Sinfónica dirigida por el magnífico Carlos Cillario; una solista polaca que tocaba el primer concierto de Chopin; me volví loco y el piano pasó a ser el sueño de mi vida. Mi Madre se cruzó un día con Cillario en la calle Mendoza. Él iba en bicicleta y ella lo abordó diciéndole “tengo un niño que adora el piano y quiere ser pianista”, él se burló un poco y guiñándole un ojo pícaro le contestó “ay, estas madres que creen tener un Mozart en la casa”. Todo esto terminó en una cita en la Escuela de Música de la calle Chacabuco y Gral. Paz de entonces. Toque para él “Para Elisa” y un par de piezas más. Le interesó hurgar en mi naturaleza musical. Empezó con una prueba auditiva: el tocaba algo en su piano y yo debía imitarlo en el mío. Terminó siendo un juego de improvisaciones mutuas, que nos divertía a ambos. Luego de eso le dijo a mi madre “Señora, este chico nació para la música y lo que necesita aprender no se lo puede dar Tucumán, llévelo a Buenos Aires donde él puede aprender las bases de una técnica sólida y sana. Tucumán tiene buenos profesores, pero para una etapa posterior”.

La reflexión familiar fue ‘piola’, en voz de mi madre: “usted va a ser pianista ‘m’hijo’, pero a los 12 años no podemos trasplantarte en Buenos Aires. Estás en la adolescencia y esta etapa la tienes que vivir con los tuyos. Cuando termines el bachillerato tendrás una beca familiar. Habrá una alcancía en la que desde ahora cada mes aportaremos tus padres y algunos tíos y tías”. La enseñanza en la Escuela de Música era bastante burocrática, pero hubo una mujercita húngara, Hilda Denifle, que se interesó vivamente en mi condición musical. Ella era parte de la enorme diáspora europea y un sector importante se instaló en Tucumán. Hilda, frecuentaba mi casa y pese a que su castellano era precario, yo entendía la importancia de la expresividad cuando uno toca el piano. Ingresé en su clase, pero además ella me daba clases suplementarias en mi casa.

La burocracia habitual la acusó de cobrar esas clases; tremenda mentira, porque jamás pidió un céntimo. Así terminó esa incipiente experiencia pianística y musical. La amenazaron con quitarle la cátedra si continuaba interesándose en mí. Hilda hizo un largo camino en Tucumán y recién volvimos a vernos ocho años más tarde en mi primer recital en Tucumán. Cuando la escuchó cantar a Martha me dijo: “Que artista esta chica. Elegiste bien y son el uno para el otro. Te felicito”.

El Gymnasium es un capítulo denso y quizás el más rico de mi adolescencia. Éramos muy pocos al comienzo. En 1949 unos 120 en total; con la mayoría de los profesores teníamos una relación casi familiar y cada curso tenía un tutor durante los 6 años. Ese tutor, además de ayudarnos a preparar las materias, era consejero, confidente y cómplice. No había tabúes religiosos, políticos o sexuales. La intuición nos decía que había una mayoría de peronistas entre ellos. El primer Director, ‘Profe’ Leguizamón, era un hombre de gran cultura y refinada sensibilidad. Sus discursos nos hacían lagrimear, por su profundo humanismo en la lectura que hacía de la historia patria y de personajes como Manuel Belgrano (1770-1820); José de San Martín (1778-1850); Mariano Moreno (1778-1811); Manuel Dorrego (1787-1828); José Gervasio Artigas (1764-1850); Augusto César Sandino (1895-1934), líder de la resistencia nicaragüense frente a la ocupación estadounidense, y tantos otros profundamente americanos.

La revolución popular producida por Perón y Evita ponía en primer plano a los más pobres. Las organizaciones obreras; los pueblos originarios; la educación gratuita para todos, empezaron a enriquecer nuestras inquietudes. Año 1950: empezamos a escribir *El Chasqui*, nuestro diario; al comienzo en un pizarrón que colocábamos en la entrada del Gymnasium. Luego los ‘profes’ nos ayudaron a mimeografiarlo. Sin complejos, hacíamos en *El Chasqui*, análisis sindicales; políticos y de las mejoras que esperábamos como alumnos. El deporte o las cargadas a algunos ‘profes’ o a compañeros, tenían un espacio esperado por nuestros ‘clientes’.

A poco andar apareció el nuevo ‘profe’ de inglés, Felipe Mantero, un porteño creativo, inteligente y de buen humor. El instaló los sábados de arte y cultura. Formidable idea. En esos sábados había literatura, música, teatro, humor de varios colores y estímulo a ser protagonistas del día. Allí nació la idea del ‘Teatro Gymnas’, primer teatro independiente de Tucumán. El talentoso ‘Ruly’ Serrano fue el primer Director, a veces secundado por su hermano mayor, ‘Manolo’ Serrano. Encontrar el lugar y clavar nuestro teatro en el corazón de Tucumán, fue una aventura excitante y llena de energía. El Bar Colón, frente a la Plaza Independencia, fue nuestro elegido. Íbamos a jugar al billar y un día nos intrigó una escalerita que descendía. Bajamos y nos encontramos con dos habitaciones paralelas, no muy grandes pero que podían servir para nuestro sueño. El lugar estaba sucio, con bastante basura y una legión de ratas. Nos dirigimos al español del mostrador, que creo se llamaba Manuel: “¿sabe que señor? Allí abajo podríamos hacer un teatrillo en una de las habitaciones y en la otra un local para muestras de Artes Plásticas. Nosotros nos comprometemos a limpiarlo, pintarlo, construir un pequeño escenario y unas cincuenta butacas”. Así comenzó a andar nuestro teatrillo. Un porteño entrador y generoso, dedicado al comercio fue el sponsor. Enrique Germano y su pareja Cora, se enamoraron de la propuesta y entraron plenamente en este sueño adolescente.

Ensayábamos a la siesta y a la noche, con ese ardor propio de la adolescencia. Comenzamos a ser ‘Gente de Teatro’. Autores como Julio Ardiles Gray escribían para nosotros. Empezamos a recorrer la provincia y después otras provincias de la región. Un fervor caliente nos daba cuerda y bien pronto comenzamos a observar los teatros independientes de Buenos Aires: Nuevo Teatro, La Máscara, Fray Mocho... Nos impresionaban personajes como Alejandra Boero, Pedro Asquini, Moisés Farberman, Oscar Ferrigno, Roberto Espina, y el método Stanislavsky. Nos tiramos de cabeza y organizamos una gira norteña de Fray Mocho.

Íbamos cumpliendo etapas y aprendiendo a gestionar la puesta en marcha de un sueño excitante por lo enriquecedor. El Gymnasium acompañó sin reservas todo este movimiento. El Teatro San Martín pasó a ser casi nuestra segunda casa. Nos aliamos con la Peña El Cardón, dirigida por Gustavo Bravo Figueroa, muy amigo de mis viejos. Acordamos con él que, en la segunda ala de nuestro teatrillo en el antiguo Bar Colón, frente a la Plaza Independencia, el organizaría conferencias y exposiciones plásticas. Rosita Ávila, Rolo Maris, Graciela González, se perfilaban como actores de talento. Enrique Germano y Raúl Gómez nos ayudaron en la construcción del pequeño teatrillo con 50 butacas y un escenario. Cada función era una fiesta exaltada y caliente. Ofrecíamos farsas medievales, Cervantes, Moliere, García Lorca, Priestley, autores argentinos... Programas muy acompañados por el público en esta hermosa realización de los adolescentes soñadores que éramos. Más adelante el grupo sería dirigido por Guido Parpagnoli, formidable gestor.

Quiero recordar también la visita de Evita a Tucumán, para inaugurar uno de sus innumerables y extraordinarios Hogares Escuela, dedicados a hijos de familias de vida precaria. Ese día nos llevaron a miles de estudiantes primarios a recibirla. Vimos pasar a Evita en un descapotado, con su sonrisa inolvidable y tirándonos besos con sus manos. Entre tantos niños, nos encontrábamos dos 'Romeos', perdidamente enamorados de ella. Cuando bajó del auto los tres la seguimos y yo, loco de amor, tomé su pollera. Asombrada, viéndonos chicos de clase media no muy bien vestidos y con esa voz vibrante que solo escuchábamos por radio, nos dijo mirándonos a los ojos: "yo me voy a matar trabajando para que cada uno de ustedes pueda elegir su destino". Había tal pasión en su gesto de pellizcarnos los mofletes o tirarnos del pelo, que nos sentíamos como en un sueño. Cuando a comienzos de los 70 elegí mi identidad política en la Juventud Peronista luchando por la vuelta de Perón, solía comenzar mis discursos partidarios diciendo: 'yo soy uno de esos hijos de Evita que pudo elegir su destino'.

A partir de la asunción de Perón en 1946, los pueblos más pobres comenzaron a beneficiarse de conquistas sociales que fueron claves en la evolución de nuestra sociedad: el trabajo bien remunerado; el acceso gratuito a la salud; la educación; el deporte, la creación de federaciones que agrupaban a los pueblos originarios; a la clase obrera con sus derechos laborales; horarios de trabajo; vacaciones... Esos sectores comenzaron a gozar de derechos que nunca habían tenido. Acceder a una existencia digna transformó sus vidas, sintiéndose quizás por primera vez ciudadanos de nuestra Patria con derechos y responsabilidades. Más de una vez presencié la escena de un hombre con pinta de patrón, dirigiéndose autoritariamente a un obrero y este, mirándolo a los ojos responderle con orgullo: 'Yo soy de Perón y de Evita'.

Salvo en tiempos de estadías largas en Europa, siempre he mantenido dos viajes anuales a Tucumán. Un capítulo importante fue mi incorporación a la Juventud Peronista (1970). Por esa época recibí la distinción que considero la más preciada: la Federación Indígena Calchaquí me nombro su "chasqui" oficial. Paralelamente Gerardo Vallejo y yo nos incorporamos a la FOTIA como Consejeros Voluntarios. El reencuentro con Gerardo tuvo picos altos en lo afectivo y en la militancia. En una camioneta instalábamos un piano y películas. Nos quedábamos uno a dos días en cada pueblo, alojándonos en el rancho de una familia del lugar. Aprendimos montones de la mirada que tenían los lugareños sobre la tierra y la naturaleza. Cuando yo tocaba el piano, no les hablaba de autores o épocas. Les pedía que ellos le pusieran nombres a cada pieza. Me decían: "dale, tócala otra vez". Generalmente después de la tercera, aparecía el nombre: 'La música limpita' (Rondo en Re de Mozart); 'La tristonía' (una Mazurca de Chopin); 'El agua' (tercer movim. de la Sonata 17 de Beethoven); 'La muerte, la bronca y el rezo' (Preludio 20 de Chopin).

En una ocasión, llegamos a un pueblo del sur de la Provincia de Tucumán; unas personas compartían el duelo. Sin mediar palabra, me pongo a tocar el segundo movimiento — Largo — del Concierto para teclado y orquesta de cuerdas, nro. 5, en Fa menor, BWV 1056, de Johann Sebastian Bach. Observo que quienes me rodean se persignan y un hombre mayor se acerca y me dice: “seguí rezando hermano”. Fue una época de inmensa relación con los pueblos más olvidados, con su buen humor, sus historias familiares, sus danzas, sus ‘dichos’. ¿Qué les parece esta experiencia de música y cine de Gerardo Vallejo?, pregunté. Es como un vicio, respondieron, pues mañana querremos más. En esos tiempos Tucumán creció culturalmente. Algo insólito: fines de los '40, la Escuela de Música de la Universidad, recibía a pianistas como Walter Giesecking. Interpretes célebres como él, llegaban a Tucumán para dar clases a latinoamericanos, o sea de la Patria Grande.

En el Gymnasium, donde se evaluaba a cada alumno por sus condiciones para el arte o la ciencia, teníamos derecho a participar de actividades fuera del colegio; si el acontecimiento coincidía con alguna prueba escrita podíamos de todos modos concurrir al evento y hacer la prueba más tarde. Yo tenía derecho por ejemplo a asistir al teatro si algún pianista tocaba con la orquesta e incluso cuando ensayaba solo. En el curso como el de Giesecking me tocó asistir varias veces, aunque no entendiera la lengua que se hablaba. Era para mí un baño de piano.

Recién en los 2000 entendí que esas clases tenían como principales protagonistas a los jóvenes pianistas de la Patria Grande, detalle que emparentaba a Kirchner con Perón. Néstor y Cristina, en el 2003, argumentaban: ‘sos el argentino para representar al país en la Unesco. Sos hijo de la América Latina profunda, sos un artista que no eligió el mercado sino una música social y para todos. Vos entendés el arte precolombino y una de tus luchas será la Diversidad Cultural como un programa de Unesco y no del mercado (OMC)’. Estos conceptos y muchos otros los tomé como ‘mandamientos’ del peronismo y compartí con muchos compañeros y compañeras la convicción de que estábamos construyendo el peronismo del siglo XXI.”

Testimonios y agradecimientos: si debo elegir tres de los quince maestros con los que estudié, mencionaré a Celia Yankelevich de Bronstein, dotada de un oído excepcional; concebía cada nota como fuente de vibración y alentaba la búsqueda y asimilaba el discurso musical a la expresión y cadencia del habla. Otra vertiente fue la de Erwin Leuchter, un maestro que había sido discípulo de Arnold Schönberg y quien acentuaba los aspectos intelectuales de la arquitectura musical; haciéndola descubrir en la obra de Bach, Brahms, Berg, Fauré, etc.

Nadia Boulanger fue asimismo una gran maestra; me interesé en sus enseñanzas pues el rumano Dinu Lipatti que era uno de mis pianistas preferidos, había sido discípulo de ella. Tomé sus clases durante casi cuatro años; del '68 al '72. Los citados eran personajes disímiles, pero humana y profesionalmente notables. He tenido otros mentores vinculados a la música: Adolfo Mindlin, francés, nacido en 1922; Orestes Castronuovo, (1901-1965), argentino, difusor de la obra de Béla Bartók — que enseñó a mi esposa Martha —; Bohuslav Martinů; Olivier Messiaen; Arnold Schönberg; etc. Recibí enseñanzas de Jacobo Fisher (1896-1978), oriundo de Odessa, quien había estudiado armonía, contrapunto, fuga, composición y orquestación con Vasili Kalafati, Maximilian Steinberg, Nikolai Tcherepnin y Nicolai Socoloff; saberes que tuvo la generosidad de compartir conmigo. También recibí clases de Yvonne Loriod (1924- 2010), pianista francesa, segunda esposa de Olivier Messiaen. Henri Dutilleux (1916- 2013), reconocido compositor francés, heredero de la tradición de Debussy, Ravel y Roussel, fue, asimismo, uno de mis recordados maestros.

He tenido otros mentores vinculados al Gymnasium Universitario de la UNT, en la apertura a la problemática social de Tucumán y del NOA. Cuando llegó por primera vez el Teatro Independiente Fray Mocho a Tucumán, fue tal mi admiración que insistí ante el Director del Gymnasium para que me permitieran viajar con el elenco. Recuerdo también, la opinión adversa de la gente de la música, cuando a los 18 años manifesté mi intención de encarar estudios musicales formales; argumentaban que los niños prodigio comenzaban a los cinco años. Probablemente no conocieran la historia de Witold Małcużyński (10/08/1914, Varsovia-17/07/1977, Mallorca). Me presenté en Tucumán a los 23 años y a los 24 años comencé a tocar regularmente en público.

Interesado en viajar por América Latina y conocer su realidad, me sumé a programas sociales vinculados con la música; programas que décadas atrás eran vistos como utópicos. En 1966 fui a tocar a Resistencia; en la radio me hicieron una larga entrevista, donde hablé con franqueza de mi visión del arte como opción por los pobres. Al finalizar el concierto se presentaron en el camarín unos muchachos; estaban empapados ‘hasta los tuétanos’. Llovía a cántaros y habían cruzado el río en lancha. Uno de ellos, era ‘Yuyi’ Ramos, otro su hermano, ‘El Conde’ Ramos. Me interpellaron diciéndome, “escuchamos tu entrevista; quien dice las cosas que vos decís, no puede no ser peronista”. Me propusieron “raptarme” para ir a Paraná, Entre Ríos; les dije que mi esposa era una mujer muy celosa, y si no estoy mañana con ella para tomar unos mates, tendré problemas de convivencia. ‘Yuyi’ dijo, “las minas son otro tema”. Afirmé, “no es una mina, es mi mujer”; llamé a Martha por teléfono, y le dije, “‘Negrita’, tengo que ir a Paraná y es importante ir, y te juro que no hay ninguna historia de polleras. Mañana estaré con vos”. Me dejé “raptar” por la familia Ramos de larga militancia justicialista. En su casa de la calle Nogoyá 110, el diálogo con estos hombres de mi generación duró horas y de esa reunión salí peronistamente militante.

Tiempo después, cuando mi madre viajó a Buenos Aires, para conocer a Javier, su primer nieto, tenía yo que dar un concierto en Paraná; la invité a acompañarme. Estando alojados en un hotel, me participó su intención de visitar a su íntima amiga Elvira Ramos, también miembro de la Unión de Mujeres Argentinas. Elvira Ramos, era la madre de mis “raptores”, ‘Yuyi’ y ‘El Conde’. Muerta mi madre, Elvira fue mi “madre entrerriana”.

Recuerdo de antes del ’72, que un joven abogado Mario Hernández, desaparecido; estaba casado con nuestra amiga italiana Bárbara Civita, nacida en Milano; alumna en Buenos Aires de Lulu von der Wettern; John Montés; Teodoro Fuchs; Erwin Leuchter y Ljerko Spiller. Mario fue el enlace del Gral. Juan Domingo Perón con el grupo Montoneros. En tiempos de la dictadura, Martha y yo vivíamos en París y organizábamos las entrevistas de Mario con Perón. Estando las dos parejas juntas, Mario preguntó a Martha, “¿qué nombre le pondremos a tu marido?” Convinimos, ‘Dr. Negrete’. Así me identificaba cuando hablaba con José López Rega (1916-1989), quién solía cortarme la comunicación, hasta que, a fuerza de insistir, lograba informar al Gral., de la presencia en París, del joven abogado, interesado en entrevistarlo. Mario fue secuestrado en 1976 y según el testimonio de otros detenidos, ejecutado como Túpac Amaru, pero traccionado por vehículos motorizados.

Cuando me liberaron en el ’80, tema que trataré más adelante, funcionarios de Naciones Unidas en Uruguay me preguntaron si deseaba regresar a la Argentina. Respondí que sí, con la condición de mantener una conferencia de prensa en Ezeiza, junto a Abuelas y Madres de Plaza de Mayo. Me observaron que entonces, no deseaba volver — la dictadura militar se extendió del 24 de marzo de 1976 al 10 de diciembre de 1983 —. Volví a la Argentina en 1984, siendo Presidente el Dr. Raúl Ricardo Alfonsín.

Insistí que quería volver y que en la cárcel soñaba todas las noches con la Argentina, sobre todo con Tucumán y con Vinará. *Página/12* publicó el domingo 12 de octubre de 2003, un artículo de Miguel Bonasso titulado “Me decía ‘te formaron para tocar para nosotros y elegiste la negrada’”, donde consignaba, “es el flamante embajador argentino ante la Unesco, ente cultural del que es, hace años embajador de buena voluntad. Sigue en su casa de siempre, ‘sin creérsela’, tocando el piano”. Recuerdo cuando fui secuestrado y sufrí dos años de prisión y tortura en Montevideo. Salvé mi vida por la presión del mundo, cuando pensaba que nunca más podría usar mis manos. El Coronel José Nino Gavazzo que manejaba los interrogatorios me decía, “vos nunca más vas a tocar el piano. Porque vos no sos guerrillero, pero sos algo peor; con tu piano y tu sonrisa te metés a la negrada en el bolsillo y les hacés creer a los negros que pueden escuchar a Beethoven”.

Transcribo con ligeros cambios el cuerpo principal del referido excelente artículo de Miguel Bonasso, en homenaje a su elocuencia y como testimonio de una época de barbarie:

“Fue entre 2007 y febrero de 2016 embajador argentino ante la Unesco, donde era desde hacía más de veinte años ‘embajador de buena voluntad’. Ni el recuerdo de la muerte, ni todos los triunfos y condecoraciones mundiales recibidas en cuarenta años de carrera internacional bastaron para malversar su alma de cristiano primitivo, que brinda la sonrisa y una ‘pasta frola’ excepcional en la cocinita de su casa de la entrañable cortada Renán, la misma donde habitó con Martha, el amor de su vida, muerta en 1975. La misma casita humilde que pintó de rosado en noviembre del ’72, para ofrecerle el balcón al ‘Viejo’, que regresaba al país tras 17 años de exilio.

La misma casa donde una noche de los setenta se puso a ensayar Brahms y logró, sin proponérselo, que los vecinos se agolparan frente a la puerta y lo escucharan sentados en la vereda... Antes lo habían escuchado religiosamente los coyas de Salta y Jujuy o los peones del azúcar de la FOTIA tucumana, como lo escucharían después los habitantes de las villas miseria de todo el mundo, a los que restituiría durante décadas la propiedad perdida de Bach y Beethoven — que el coronel quería expropiar — llevándoles su ‘Música Esperanza’, que es más que una fundación o una ONG; es el viejo intento de que la cultura sirva para restablecer, en algún oscuro día de justicia, los derechos del hombre.

Llamarse Estrella es una premonición que arroja muchos significados. Su apellido en árabe es Nashem (Najem o Nayem, en la pronunciación española). Cuando sus abuelos inmigrantes llegaron a estas tierras, el funcionario de Migraciones les preguntó su nombre y el abuelo se limitó a señalar el cielo varias veces, sin decir una palabra. El funcionario vaciló unos segundos y luego ordenó: ‘Pónganle Estrella a estos turcos de mierda’. Había acertado: *nayem* significa estrella en árabe.

Quienes lo visitan en la casita de la calle Renán y se lo encuentran de jean o bermudas, enarbolando la sonrisa hospitalaria, no dudan cuando el nuevo embajador en la Unesco afirma: ‘Yo no me la creo, si alguna vez me enfermo de importancia los autorizo a que me den una patada en el culo’. El diálogo que *Página/12* sostuvo hace pocos días con Estrella fue más que una entrevista periodística; fue la continuación de un encuentro mágico en el México del exilio, en la casa de Gerardo Bavio y Pila Garbarino. En México, el ‘Chango’ — recién liberado — se encontró con Jaime Dri, que había sido secuestrado como él, en Montevideo, el 15 de diciembre de 1977. Los presentes fuimos sacudidos por sus exclamaciones; los dos se enteraron en ese momento de que el prisionero que habían sentido gritar en las sombras de la prisión clandestina era el hombre que tenían delante. En rigor, habían caído en el marco del mismo operativo de las Fuerzas Conjuntas, que empleó a cientos de sicarios armados hasta los dientes y apoyados por helicópteros.

La casa que habitaba Estrella, con sus pequeños hijos Paula y Javier y ‘dos compañeros entrerrianos’, estaba en la mira de los militares argentinos y uruguayos. A esa casa debía ir Jaime Dri el día que cayó. A esa casa concurría el ‘Oveja’ Carlos Valladares, un viejo amigo del pianista, que había trabajado en Tucumán con su padre. El ‘Oveja’, que era militante montonero, murió poco después tomando la pastilla de cianuro; había sido filmado secretamente por los servicios en la puerta de la casa montevideana del pianista. Estrella no era montonero (como bien sabía el coronel Gavazzo), pero era incapaz de negar hospitalidad a sus amigos. Y lo pagó muy caro.

La tragedia se anticipó a sus planes; el pianista y sus hijos estaban a punto de abandonar Montevideo para pasar las fiestas en Buenos Aires y luego dirigirse a México, cuando irrumpió la patota del coronel. Lo llevaron de los pelos a una casa clandestina cercana al aeropuerto de Carrasco y lo torturaron con picana y colgándolo de una roldana, junto a un desconocido que gritaba — como él — en la tiniebla. Al desconocido (Jaime Dri) lo trasladarían luego a las mazmorras de la ESMA. Estrella estuvo a punto de sufrir el mismo traslado clandestino. Lo salvó una gigantesca campaña internacional, conducida, entre otros, por dos grandes músicos: Nadia Boulanger y Yehudi Menuhin. La Unesco, curiosamente, jugó un papel decisivo para salvarle la vida. Pero no pudo impedir que la dictadura uruguaya lo encerrase durante más de dos años en el penal, que por una siniestra ironía, los militares orientales se empeñaban en llamar “Libertad”.

El infierno de Carrasco: la veíamos venir. La olíamos. Una tarde, mientras estaba en el jardín con los chicos, vimos dos helicópteros sobrevolando la casa. Luego supimos por los vecinos que había cincuenta autos en las cercanías con tipos armados hasta los dientes. Mi hijo Javier, que estaba por cumplir once años y había perdido a su madre, muerta en plena juventud, dos años antes, me abrazó llorando y me dijo: “ahora te van a matar a vos, no quiero vivir más, papá”. Mi hija Paula, de ocho años, vio cómo secuestraban a una de las chicas que vivía en casa. Yo había arreglado con una vecina que se los llevara, pero fue tal el terror que causó el operativo que los dos chicos se fueron solos, de la manito y temblando en busca de una familia amiga que vivía a unas diez cuadras; la de ‘Chuchi’ y ‘Nito’ Wainkrantz. Ahí estuvieron, hasta que mi cuñada los buscó.

Cuando me llevaron quedé encerrado en la capucha, con los ojos fuertemente tapados con una venda y con las manos atadas. Me torturaban encapuchado. Para bancarte la tortura tenés que buscar argucias para no cantar. Una de ellas era mística; mi relación con Dios. Una vez repetí más de treinta veces a los gritos: ‘Padre nuestro que estás en los Cielos’. Me enfermó con una diarrea que no paraba y venía un capitán a decirme: ‘Sos un paquete nada más, que después tiraremos en otro lado’. El jefe (luego supe que era el coronel Gavazzo) que me reprochaba mi ‘traición de clase’: ‘a vos te formaron para tocar para nosotros y elegiste la negrada’. A veces, el coronel se sinceraba respecto a las diferencias entre la dictadura uruguaya y la argentina: ‘vos decís que esto es un infierno. Pero yo voy a los chupaderos de Buenos Aires y salgo vomitando. Acá estás en un paraíso. No te matamos porque no podemos, pero te vamos a destruir totalmente. Nunca más serás el padre de tus hijos. Nunca más tocarás el piano. Nunca más serás el amante de una mujer. Tenemos métodos muy sofisticados y si a los dieciocho años, que es el tiempo que te vamos a guardar acá, seguís con esa sonrisa te vamos a matar. Porque sos un tipo que tiene fe y eso te lo vamos a sacar’. Las manos, hermano, las manos. Durante seis días me ataban las manos a la espalda y me hacía el simulacro de cortármelas con una sierra eléctrica.

Entre los que me torturaban había una mina terriblemente sádica. Con esa mina yo hablé; era una mina de veinte años hecha mierda. Me acuerdo que era la más activa en la tortura. Desde el momento en que me secuestraron y me llevaban atado en el camión, empezó a pisotearme la cabeza. Empecé a distinguirla por la voz, porque tenía registradas las voces de los que nos pegaban y también las voces de los compañeros; llegué a contar 22 timbres diferentes (uno de los cuales era el de Jaime Dri).

Un día esta mina de veinte años viene y me desata las manos y comienza a acariciármelas. A esa altura yo no tenía ninguna sensibilidad. Los dedos estaban hinchados. Ella me acariciaba y me decía: ‘Sol, qué hermosas eran tus manos hace unos días, cómo te las destrozaron’ (a todos nos habían puesto un apodo y a mí me decían Sol). Yo me atreví a decirle: ‘Cómo podés ser tan hipócrita, vos que me metiste tantas picanas en los huevos’. Ella respondió: ‘Ya sé, ya sé’. En medio de las sombras y los fantasmas yo me la imaginaba linda, un hembrón, pelo negro, largo, medio mulata. Ella me decía: ‘No, nada que ver, soy petisa, tengo los labios finos, soy fea, pero sé coger muy bien’. ‘Vos te tenés que salvar’, llegué a decirle una vez, en esos diálogos cortos y clandestinos que teníamos cuando estábamos a solas. Y ella me contestó: ‘No, porque si no me matan ellos me vas a matar vos. ¿O vos me vas a perdonar todo lo que yo te hice?’ Le pregunté cómo había llegado a ‘esto’. Me contó que vivía en un cangrill (villa miseria, en el irónico argot uruguayo); que un tipo la sedujo, le dio un poco de droga y al tiempo un día le dijo: ‘te llevaría a una sesión rara, pero excitante’. Y la trajo a una sesión de tortura. ‘Eso me motivó. Hoy cuanto más violenta soy más me pagan, por eso soy una hija de puta.’ No hubo forma de convencerla; me quedó grabada como algo tremendo humanamente: una mina de una villa miseria destrozada por un sistema.”

Memorias de la casa muerta: recién el 15 de febrero (de 1978) supe que estaba en el penal “Libertad”. Siempre digo que en esa cárcel conocí lo mejor del Uruguay, a pesar de que era un laboratorio para destruir seres humanos. Estaba dirigido por psiquiatras. Todos estábamos bajo su control. Además de los pabellones había cinco pisos. Para cada sector estaba programado un grado diferente de dureza en el trato. Y esto podía cambiar súbitamente para mantenerte en un estado de perpetua alarma. Siempre me he preguntado cómo la inteligencia, la ciencia y el saber pueden estar al servicio de semejante proyecto de destrucción. Ni la correspondencia se salvaba: solo te dejaban ver las cartas que podían atormentarte o causarte un conflicto. Una vez me escribió la ‘Pila’ y se podía interpretar que mi vieja había muerto. Me volví loco, fue el único día en que perdí los estribos; quería matar a alguien.

Nosotros también teníamos estrategias de resistencia. Los presos nos contábamos todo. Los sueños, los amores que habíamos tenido, cómo eran nuestros hijos, las mujeres que habíamos elegido, los maestros que nos habían marcado. Contarnos era una manera de tener la cabeza ocupada en cosas de la vida. A mí me tomaron como el preso más solidario. Cuando había algún afloje para repartir la comida decían: ‘Que reparta el Chango, que con esa sonrisa de oreja a oreja nos hace bien a todos’. Había una complicidad para ayudarnos a vivir. Si había un compañero que estaba muy mal a mí me mandaban para hacer ‘guardia de enfermo’. La ‘guardia de enfermo’ consistía en contar cosas de viajes, de lo que pasaste en tu infancia, los mitos, los ‘casos’, como decimos allá en el Norte. Para mí era como hacer música. Había uno, por ejemplo, al que le habían dado tanto que no hablaba con nadie y lo dopaban. Yo le decía: ‘mirame, por lo menos, cuando te hablo’. Y nada, él me daba la espalda. Un día le empecé a contar esas historias típicamente santiagueñas y la corté antes de llegar al final. Entonces se dio vuelta y fue el primer gesto de que escuchaba.

El 21 de setiembre de 1978, gracias a la campaña internacional que no paró un solo día, me llegó el mejor regalo: un piano mudo, para recuperar mis ejercicios como pianista. Pero la música estaba siempre presente. Había un prisionero al que llamaban ‘Pirata’, porque arrastraba una pata debido a la tortura: durante tres meses lo dejaron sentado y nunca más pudo caminar normalmente, porque se le habían atrofiado los músculos. Al ‘Pirata’, que era un loco por la música y un hiperdotado, yo le daba clases a través de la pared de la celda, con dictados rítmicos. También aprovechaba los masajes que le daba en sus pies atrofiados para completar su instrucción musical, dándole lecciones por escrito. El guardia que nos custodiaba se aburría, se iba para otro lado y yo avanzaba en las lecciones musicales.

El ‘Gato’ Ember: una de las técnicas más perversas que utilizaban los psiquiatras del penal consistía en meterte en la celda a tipos con los que inevitablemente ibas a chocar. Ya fuera por cuestiones psicológicas o políticas. Buscando un personaje ideal para que me cayera mal y me fuera a las manos, me metieron un día en la celda al ‘Gato’ Ember. Era trosko.

No bien entró, olfateó el olor a café (mi familia incluía café en el paquete mensual) y me largó de entrada: ‘Burguesita la celda, ¿no?’ Y yo lo atajé: ‘Mirá, si me venís con las teorías sobre los pequebú⁵ te digo: sí, pequebú hasta la muerte, hermano. Me gusta el café, me gusta el chocolate, me gusta ir al Sorocabana. Él no se amilanó: ‘Tú no sos un pequebú, tú sos un bú’.

A Ember le molestaba que yo todas las noches rezara. Rezaba despacito, pero rezaba. No podía concebir que un tipo que estaba por cumplir cuarenta años rezara. ‘Tendrás que acostumbrarte’, le dije. Un día nos teníamos que contar las visitas que habíamos tenido y yo le dije que había venido mi hijo Javier, que se estaba asomando a la pubertad y andaba en sus primeros escauceos amorosos. Había conocido a una chica de la escuela, que se llamaba Concepción y era divina. Y me dijo: ‘se me regaló, vos viste, papá’. Yo le conté entonces cómo había conocido a su mamá, en un colectivo 105. Una morena de ojos negros que me flechó desde que subí al colectivo. Estaba sentada y miraba por la ventanilla incómoda por mis miradas. Yo le pedí que me llevara el portafolio y el tipo que estaba sentado al lado me dijo: ‘sentate, pibe y avanzá’. Nos bajamos a las diez cuadras y fuimos caminando hasta el pasaje Renán.

Cuando oímos los pajaritos en los árboles me pareció estar en Tucumán y le dije a tu madre: ‘qué lindo lugar para hacer un nido’. Yo no podría decir que se me regaló; en todo caso nos regalamos el uno al otro y fue el amor de mi vida. Javier se largó a llorar y nos cortaron la visita. De vuelta en la celda le conté al ‘Gato’ que me había quedado mal y él me salió con una de las suyas: ‘lo menos que hiciste con tu hijo fue hacerlo un revolucionario’. Me le tiré encima y él me paró, diciéndome: ‘tú sabes, no hay dos tipos más diferentes que tú y yo. Yo no te puedo soportar y tú no me soportas a mí. Hagamos un pacto de no hablar’. Durante dos semanas nuestra comunicación se redujo a pasarnos el mate. Los compañeros me decían: ‘vamos a tratar de que te cambien de celda, porque se van a destruir ustedes dos’. Yo les decía: ‘no pasa nada porque no hablamos y yo tengo mi teclado’.

Entonces, una mañana, el ‘Gato’ Ember me empezó a hablar. El ‘Gato’, que era un tipo insomne y asmático, decidió confesarme ‘una debilidad’: ‘nunca estuve mejor en una celda que contigo. Nunca en estos siete años pude dormir y ahora duermo. Vos aportás una armonía acá en la celda que no sé de dónde mierda viene’. Y agregó: ‘disimulá, seguí diciendo que nos llevamos mal para que podamos seguir juntos en la celda’. Lo esencial con este hermano era un ejercicio intelectual que hacíamos: él tenía una capacidad de síntesis increíble; yo no. Me decía: ‘empleaste doscientas palabras para contarme eso; podés decirlo con sesenta’. Y empezábamos a sintetizar. Fue una cosa extraordinaria para mí, era como hacer música con alguien.

Un recuerdo muy fuerte: el hecho ocurrió el 29 de septiembre de 1978, vivía dominado por la angustia que me provocaba la pérdida de sensibilidad en brazos y manos, consecuencia de las torturas sufridas durante el secuestro. Ese día, practicaba con el teclado mudo y sorpresivamente advertí que la sensibilidad volvía a mis dedos, luego de nueve meses de no sentirlos. Me corrían lágrimas de alegría. El ‘Gato’ Ember leía e inmediatamente se dio cuenta de la felicidad que vivía. Rápidamente, armó y cebó unos mates. Le guiñé un ojo, diciéndole, “no es casual, hoy es San Miguel, mi Santo Patrono”. Entonces el ‘Gato’ dijo, “bueno que viva también tu San Miguel”.

⁵ “Pequebú” mote empleado con el sentido de “pequeño burgués”; tal vez creado por el escritor uruguayo Mario Benedetti (14/09/1920-17/05/2009), para el cuento homónimo publicado en su libro *Con y sin nostalgia* de 1977.

“**Te amamos, Chango**”: el día que me liberaron yo no sabía que estaba por salir, pero el ‘Gato’, tocándose la nariz, profetizó: ‘Libertad para ti’. Me habían sacado para la enfermería, pero, no tenía nada. El momento de la libertad fue un momento extraordinariamente fuerte, me temblaban las manos. Hasta el último minuto me dijeron que me trasladaban a otra cárcel. Eso formaba parte del sistema de desgaste, pero yo le creí al instinto del ‘Gato’. Fui celda por celda, diciéndoles ‘capaz que me voy’ y repartiendo mis pertenencias. No me permitieron que le dejara el teclado mudo al ‘Indio’, un compositor al que le daba clases de piano sin piano. Salí a la hora del recreo, escoltado por un milico que me iba pegando. Al que le dije: ‘hijo de puta, ¿no te das cuenta de la belleza de este momento?’ Los compañeros habían salido todos a las ventanas que daban al patio y me gritaban: ‘Chango, no te olvides de nosotros. Viví, viví a *full*. Te amamos, Chango’. Yo me puse a llorar. Con el piano al hombro y ese tipo que me pegaba.”